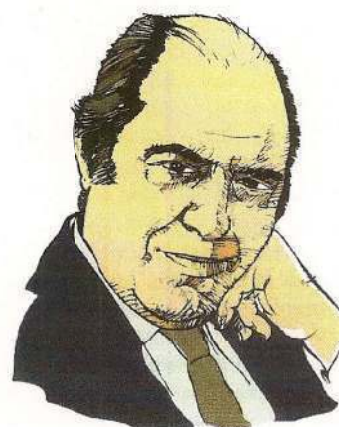


IDENTIDAD

¿y usted quién es?

ME GUSTARÍA invitarles a visitar el taller de un filósofo para que vean el envés de la trama, la cara subjetiva de una tarea que pretende ser objetiva. Como el que tengo más cerca es el mío, les animo a que entren. La filosofía, al menos la que pretendo hacer, me parece un trabajo actualísimo, útil y estimulante. Su meta es averiguar lo que está pasando y lo que debería pasar, negarse a comulgar con ruedas de molino e impedir que le den a uno gato por liebre. Es un magnífico cóctel de entusiasmo y cautela, de información y crítica, de pasado, presente y futuro. Los filósofos, ya lo saben, hemos aspirado siempre a conocer la realidad más allá de las apariencias, que engañan mucho. Y esto, en la era de la información, significa ir más allá de las noticias, lo que nos obliga a manejar mucha y heterogénea información, y a ser especialistas en complejidad. Tomen como ejemplo la Bolsa. Las cotizaciones de un día son el resultado de una compleja red de causas. Dependen de decisiones que se mueven a la vez en dos planos: el real y el psicológico, el cálculo y la adivinación, el valor y el precio. Y que acaban produciendo el mismo fenómeno que estaban augurando.



El Pensamiento de
José Antonio Marina

LOS HECHOS, como las olas, son la manifestación de complicadas interacciones. Hay una dinámica de los fluidos físicos, otra de los fluidos históricos y otra más de los fluidos psicológicos. Conocer esos ocultos mecanismos, el intrincado sistema de relaciones que soportan lo visible, nos permitirá comprender alguna de las paradojas de nuestra situación. Hoy me gustaría hablarles de una que trae a maltraer a la psicología, la sociología, la política y la economía. Terreno, pues, propicio para un filósofo de la actualidad compleja. Me refiero a la presencia simultánea en nuestras vidas de la globalización y de la regionalización. Oscilamos entre Internet y el campanario. Entre la aldea global y la aldea a secas. La economía se mundializa y también las técnicas e incluso las costumbres. El mercado laboral no tiene fronteras y usted puede estar compitiendo por un puesto de trabajo con un coreano o un singapurense. Cualquier cosa se puede fabricar en cualquier sitio. No hay lugar lo suficientemente remoto para no poder beber en él una *Coca-Cola*, usar un *Sony*, calzar unas *Nike* o comer en un *McDonald's*. Es muy significativo que *The Economist* emplee como unidad de valor para comparar las diferentes monedas el precio de un *Big Mac*, una hamburguesa.



Hace unos años, con la caída de los regímenes comunistas, pareció que la globalización se consumaba. Francis Fukuyama lo certificó en un artículo que dio la vuelta al mundo, titulado *El fin de la historia*, acta notarial de la unificación mundial. Un solo sistema: el mercado. Un solo régimen: la democracia. Una sola ideología: la liberal.

PRONTO surgieron voces discrepantes. Por ejemplo, la de Samuel Huntington, para quien "el espejismo de la armonía producido al final de la guerra fría pronto se disipó con la multiplicación de los conflictos étnicos y la «limpieza étnica», el quebrantamiento de la ley y el orden, la aparición de nuevos modelos de alianza y conflicto entre Estados, el resurgimiento de movimientos neocomunistas y neofascistas, la intensificación del fundamentalismo religioso, etcétera". La palabra *genocidio* se ha vuelto a oír con odiosa frecuencia.

La universal y apasionada búsqueda de identidades es un reflejo defensivo ante la confusión. En un informe presentado a la ONU en 1992, Asjborn Eide señalaba que hay unas 10.000 colectividades étnicas, lingüísticas, raciales o religiosas cuyo asentamiento no coincide con las fronteras políticas, lo que es y será una



Nº2 Julio 1997

fuente continua de problemas. En la actualidad se calcula que cincuenta países están sufriendo conflictos relacionados con la autodeterminación. España es uno de ellos, claro está. "Los años 90 han conocido la explosión de una crisis de identidad a escala planetaria", ha escrito Huntington. Esto ha hecho que las guerras por motivos de identidad constituyan aproximadamente las tres cuartas partes de las guerras recientes.

En tiempos de cambio social rápido, las identidades establecidas se disuelven



y el yo tiene que definirse de nuevo. La gente necesita dar una respuesta concreta a estas preguntas: ¿Quién soy yo? ¿A dónde pertenezco? La identidad masculina, la identidad femenina, la identidad racial, la identidad nacional, la identidad religiosa son problemas que figuran en todas las páginas de nuestra agenda histórica. Los grupos se vuelven

hacia sus diferencias para refugiarse en ellas, sacralizándolas. El género, el color, la raza, la historia, la lengua, las creencias justifican una percepción de la realidad, exclusiva y excluyente. La historia se convierte en raíz vital. En España el nacionalismo vasco de Sabino Arana apareció bajo el lema *Jaungoikua eta Lagizarra*, Dios y la ley vieja. Para mis colegas filósofos, recordaré que el acercamiento de Heidegger al nazismo comenzó por una "vuelta a lo arcaico", a la sangre,

al destino. Las reticencias de algunas naciones a integrarse en la Comunidad Europea, los brotes de racismo y xenofobia provocados por la inmigración masiva, se deben al miedo a perder la propia identidad cultural. Se habla, incluso, de

"perder el alma". En Francia, donde hay ya un porcentaje importante de musulmanes, los problemas se viven con gran dramatismo: ¿Se debe permitir llevar el velo islámico en las escuelas? ¿Se debe autorizar la poligamia a los musulmanes franceses?

LA BÚSQUEDA de la identidad tiene profundas motivaciones psicológicas e ideológicas. Ha planteado un arduo debate ético, del que me gustaría informarles porque lo que hoy se dice en las cátedras mañana se repetirá en la calle y pasado mañana en los parlamentos. La globalización, tal como se está produciendo, convierte al hombre en mero agente económico, desarraigado, movido sólo por el interés. Es la universalidad del mercado. Tamaña reducción despierta oposiciones muy fuertes en pensadores de todas las culturas, que ven como única solución volver a la tradición y recuperar los

LIBRO *mo*

El autor, influyente politólogo, director del Olin Institute for Strategic Studies de la Universidad de Harvard, nos augura que en el siglo próximo los conflictos estallarán entre civilizaciones.

El libro es perspicaz y alarmista. Estas son sus tesis: (1) La modernización económica y social no está produciendo ni una civilización universal, ni la occidentalización de las sociedades no occidentales. (2) Occidente va perdiendo influencia relativa, por el auge económico asiático y la explosión demográfica musulmana. (3) Está sur-

giendo un orden mundial basado en las afinidades culturales. (4) Las pretensiones universalistas de Occidente le hacen entrar cada vez más en conflicto con otras civilizaciones. (5) Evitar una guerra mundial entre civilizaciones depende de que los líderes mundiales acepten la naturaleza de la política global, con raíces en múltiples civilizaciones y cooperen para su mantenimiento.

Es un libro bien documentado, del que sin embargo desconfío. Me parece que contiene un mensaje explícito y otro implícito, pero no puedo decirles más en tan breve recuadro. Léanlo.

El choque de las civilizaciones

Samuel P. Huntington

Paidós, 1997, 422 páginas



valores culturales propios. En Occidente es la postura de los filósofos llamados comunitaristas: Taylor, Walzer, Sandel, McIntyre. Este último escribe: "Hereditario del pasado, de mi familia, de mi ciudad, de mi tribu o de mi nación una serie de deudas y de fondos, de expectativas y obligaciones legítimas. Estos constituyen los datos de mi vida, mi punto de partida moral, y confieren en parte a mi vida su propia singularidad moral". Lo malo es que las posturas comunita-

ristas no parece que resuelvan el problema. Se enrocan en su propio castillo y éste es el primer paso para no entenderse con los enrocados en el castillo vecino. Sólo cabe lanzarse venablos y vocablos envenenados. Históricamente la identidad se ha construido mediante el enfrentamiento. Nosotros frente a ellos, lo que explica posiblemente la extremada crueldad de las guerras *identitarias*. En ellas no se trata de salvar la vida, sino de salvar la identidad, convertida así en un patrimonio mágico, dispensador de una supervivencia simbólica. En estos conflictos se sigue un patrón monótonamente repetido: se demoniza al contrario y después, si se puede, se le aniquila. Nada refuerza más la identidad que el genocidio del otro.

EL LECTOR se habrá dado cuenta de que en este breve artículo han aparecido elementos psicológicos, sociales, económicos y, ahora, morales. Por esto es un asunto filosófico. Parece que la solución está en acudir a lo que tenemos en común, por ejemplo, a los derechos humanos. Por desgracia, los derechos humanos también han sido absorbidos por el frenético tornado de la búsqueda de identidad. Los países africanos y orientales consideran que los derechos humanos son un invento occidental, una variante del imperialismo. Dos meses antes de la celebración de la Conferencia de Viena sobre los Derechos Humanos, en 1993, los países asiáticos se reunieron en Bangkok y aprobaron una decla-




Sabino Arana, padre del nacionalismo vasco

ración que insistía en que los derechos humanos se debían considerar "en el marco de las particularidades nacionales y regionales, y en el contexto de los diversos bagajes históricos, religiosos y culturales". El control

Oscilamos entre Internet y el campanario, entre la aldea global y la aldea a secas

del cumplimiento de los derechos humanos violaba la soberanía estatal, y condicionar la asistencia económica a la actuación en materia de derechos humanos era contrario al derecho al desarrollo. Se defendía, pues, un relativismo de los derechos. Acabo de leer el titular de una crónica fechada en Argelia: "En el auténtico Islam no necesitamos democracia".

Así están las cosas. La búsqueda de identidad, tabla de salvación, se convierte en voluntad de poder. Ideología y política se entremezclan vergonzosamente. ¿Y qué pinta un filósofo en todo este embrollo?

Se lo diré. Hay una parte de la filosofía que no se limita a estudiar lo que pasa, sino que busca soluciones para los problemas que afectan a la felicidad o a la dignidad de la especie humana. Aspira a descubrir cuál es la manera más inteligente de ser inteligente, mostrando los caminos para salir de nuestra selva originaria. Me gustaría llamarla *gran heurística*, es decir, la ciencia de las grandes soluciones. Pero como este título suena raro, continuaré usando el nombre tradicional: ética. Es un saber hermoso, pero complicado, que exige conocer muchas cosas. Por eso tengo que dejarles y seguir trabajando. 

¿HAY DERECHO A LA DIFERENCIA?

¿Se atreven a una breve incursión en la filosofía del derecho? En España se habla mucho del *hecho diferencial* como fundador de un derecho, por ejemplo del de autonomía. Cualquier estudioso de filosofía sabe que esta afirmación es disparatada porque de un hecho nunca puede derivarse un derecho. Del hecho de que necesite un coche nuevo no se deriva que tenga derecho a él. Otra cosa es que una situación concreta -poseer un título de propiedad, por ejemplo- haga que una persona sea titular de un derecho. Pero no lo posee por ser quien es -eso sería un *privi-legio*, una ley privada-, sino que por ser lo que es accede a un derecho anterior a él y más general.

Los derechos fundamentales se fundan en lo que nos une, no en lo que nos diferencia. Las mujeres, los niños, los negros, los vascos, los miembros de cualquier colectivo que reclame un derecho no pueden fundar su pretensión en lo que les diferencia de los demás -género, edad, raza- sino en lo que comparten con los demás, la naturaleza humana.

Un ser humano, precisamente por lo que tiene en común con el resto de los seres humanos, puede tener derecho a ciertas diferencias. ¿Sólo a algunas? Por supuesto. El derecho tiene que basarse en una propiedad común y es posible que haya diferencias incompatibles con esa propiedad común. Por ejemplo, *Jack el destripador* podría reclamar su derecho a la diferencia, y también *Drácula* o Stalin o Hitler. No parece, sin embargo, que reconocérselo estuviera justificado.

Aquí está la solución al problema de la identidad y de la diferencia. Los derechos fundamentales, que son aquellos que nos permiten garantizar el acceso y la protección a los valores compartidos, necesarios para una dignificación de nuestra especie, se fundan en una identificación básica como seres humanos. Lo común garantiza y protege las diferencias justificables.